

EVOLUCIÓN HISTÓRICA DEL DIÁLOGO ENTRE TÉCNICA Y NATURALEZA

**Ponencia presentada en la XII Jornada de Bioética
Florencio Valera 15 de mayo de 2010**

La técnica es un quehacer profundamente arraigado en la condición humana, y probablemente se trate de la primera manifestación más o menos bien definida de la cultura. Restos de armas, utensilios y otras manufacturas siguen siendo indicios de gran valor en el reconocimiento del paso de nuestros primeros ancestros. Detrás de esa inclinación fabril está la oscura intuición de la naturaleza como recurso disponible, que sirve de contrapeso a las tendencias animistas del hombre primitivo. Sólo tardíamente el hombre alcanzó la madurez espiritual necesaria para interesarse por las cosas en sí mismas, constituyendo así la ciencia y la filosofía. En este ámbito de reflexión se ubican los primeros testimonios que, a mi entender, vale la pena recoger en torno al vínculo establecido entre la técnica y la naturaleza.

El primero al que convocamos es Platón. Como es bien conocido, su filosofía propone la dedicación a contemplar el mundo superior de las Ideas y a no ocuparse de los asuntos mundanos y temporales ni tampoco de la investigación de la naturaleza. En particular expresa un cierto desdén hacia la actividad práctica, pues la considera una servidumbre próxima a la condición animal. Los artesanos y constructores dependen de su cuerpo y de las cosas materiales más de lo que conviene a la elevación del alma, por eso les asigna el estrato más bajo de la pirámide social en su *República*. No obstante, entre los mitos platónicos se destaca aquel que hace referencia al origen del mundo, y allí se establece una nítida diferencia con respecto a la tradición de los pensadores anteriores. En efecto, todos ellos, dice Platón,

“dicen que el fuego, el agua, la tierra y el aire son productos de la naturaleza y el azar, y que el arte no tiene en esto ninguna parte; que de estos elementos privados de vida se han formado en seguida los grandes cuerpos, el globo celeste, el sol, la luna y todos los astros; [...] que el azar ha debido producir según las leyes de la necesidad, todas las cosas que vemos, el cielo entero con todos los cuerpos celestes, los animales y las plantas con el orden de las estaciones, resultando de esta combinación, todo, dicen, y no en virtud de una inteligencia, ni de ninguna divinidad, ni de las reglas del arte, sino que es únicamente producto de la naturaleza y del azar...”.

Esta sentencia, que Platón no sólo considera errónea sino directamente “impía”, es típica de un naturalismo cerrado e incapaz de elevar la mirada más allá de la causalidad puramente mecánica de los fenómenos naturales. Y luego prosigue:

“No han visto que por todo, principalmente por su origen, el alma es uno de los primeros seres que han existido, que existía ya antes que los cuerpos, y que preside más que ninguna otra cosa a los diversos cambios y combinaciones de éstos... Por consiguiente, la opinión, la previsión, la inteligencia, el arte y la ley han existido antes que la dureza, la blandura, la pesantez y la ligereza; y las grandes, las primeras obras, como igualmente las primeras operaciones, pertenecen al arte. Todas las producciones de la naturaleza y la naturaleza misma, según el falso sentido que ellos dan a este término, son posteriores y están subordinadas al arte y a la inteligencia...”¹.

Así, pues, y a pesar de su condición imperfecta y ensombrecida, el mundo es inteligible por participación, y ello en virtud de su carácter artesanal. La naturaleza ha llegado a ser lo que es gracias a “la fuerza persuasiva de la sabiduría” capaz de “orientar hacia lo mejor la mayoría de las cosas engendradas”.² En definitiva, *la naturaleza es una imitación del arte*.

Aristóteles, a su vez, tiene una mirada más positiva del mundo material y de la condición corpórea del hombre. El arte y la técnica son para él un auténtico saber de orden práctico, esto es, una virtud del intelecto aplicado a entender las cosas en cuanto modificables. En su cosmovisión hay por cierto un lugar de privilegio para la divinidad, pero ya no como Alfa o principio absoluto, sino como Omega o fin último de todo el dinamismo universal. La teleología de los procesos naturales está fundada, entre otros argumentos, por la comparación que se establece con la labor artística.

“Si una casa hubiese sido generada por la naturaleza, lo habría sido tal como está ahora por el arte. Y si las cosas por naturaleza fuesen generadas no sólo por la naturaleza sino también por el arte, serían generadas tales como lo están ahora por la naturaleza. Así, cada una espera la otra. En general, en algunos casos el arte completa lo que la naturaleza no puede llevar a término, en otros imita a la naturaleza. Por lo tanto, si las cosas producidas por el arte están hechas con vistas a un fin, es evidente que también lo están las producidas por la naturaleza; pues lo anterior se encuentra referido a lo que es posterior tanto en las cosas artificiales como en las cosas naturales.”³

En toda su obra el Estagirita repite como muletilla que el arte se inspira en la naturaleza, en cuanto es un hábito que expresa el modo de ser natural del hombre que está llamado a aplicar sobre las cosas las formas concebidas por su intelecto. En este caso, *el arte es una imitación de la naturaleza*.

Si bien se mira, aunque las conclusiones de Platón y Aristóteles parezcan contrapuestas, constituyen en definitiva dos miradas complementarias que confluyen al

¹ *Leyes* I.X.

² *Timeo*

³ *Física* II, 8, 199 a13-20.

atribuir a la naturaleza un orden de finalidad, que a su vez es el fundamento de la intrínseca inteligibilidad de las cosas. Sólo una causa intelectual puede producir algo ordenado conforme a fines, puesto que al ser el fin lo último en la ejecución es preciso que dirija el movimiento desde la intención del agente principal o de su causa instrumental. Y en razón de ello tiene sentido que el intelecto humano encuentre en las cosas su propio lenguaje, y pueda recrearse en ellas mediante la contemplación. Y así como la naturaleza imita al arte, el hombre ejerce la actividad técnica como un demiurgo pequeño y limitado que imita el gesto creador del artífice divino.

A causa de la influencia dominante del principio de finalidad, puede entenderse que el mundo natural haya sido considerado desde la analogía de un organismo. En efecto, aunque la causa final rige sobre todos los cuerpos, resulta particularmente expresiva en relación al comportamiento de los seres vivos. Así, pues, el carácter cósmico de la naturaleza, con su estricta simetría geocéntrica y la disposición jerárquica de los grados ontológicos, contribuye en este período a una elevada estima de ese orden que, por otra parte, incluye al hombre como parte central llamada a conservarlo y transformarlo en la línea de su plenitud. El esplendor y la armonía del universo estremecen al espíritu contemplativo, que se aproxima a las cosas con actitud práctica sabiendo que la técnica debe seguir los mismos caminos que la naturaleza. En otras palabras, la conciencia del orden natural significa a la vez la conciencia de su disponibilidad restringida. La técnica no crea ni sustituye lo natural, solamente orienta y prolonga su eficacia al servicio del hombre.

Todo esto adquiere particular nitidez en el período medieval, donde la visión cristiana del mundo asimila sin complejos la perspectiva del paganismo, removiendo por cierto sus elementos naturalistas a partir del dato fundamental de la creación *ex nihilo*. En efecto, la visión artesanal de los griegos sintoniza perfectamente con la fe en un Dios que crea todas las cosas con sabiduría y amor. Recordemos el relato del Génesis que habla expresamente del hacer divino, de las manos del Señor modelando el barro para crear al hombre, y de su descanso en el séptimo día. A lo largo de la tradición bíblica se subraya la sabiduría de las obras divinas, y desde las más tempranas expresiones de la Patrística aparece la figura de Dios como el Supremo Demiurgo, con una expresa invocación de la tradición platónica.⁴ Santo

⁴ Es frecuentemente evocado el pasaje del libro de la Sabiduría, escrito durante el período helenizante de la diáspora hebrea: "Sí, vanos por naturaleza son todos los hombres que han ignorado a Dios, los que, a partir de las cosas visibles, no fueron capaces de conocer a "Aquel que es", y al considerar sus obras, no reconocieron al Artífice. En cambio, tomaron por dioses rectores del universo al fuego, al viento, al aire sutil, a la bóveda estrellada, al agua impetuosa o a los astros luminosos del cielo. Ahora bien, si fascinados por la hermosura de estas cosas, ellos las consideraron como dioses, piensen cuánto más excelente es el Señor de todas ellas, ya que el mismo Autor de la belleza es el que las creó. Y si quedaron impresionados por su poder y energía, comprendan, a

Tomás, por su parte, al comentar el texto recién citado de Aristóteles, habla de la naturaleza como una obra del arte divino:

“En nada parece diferir la naturaleza con respecto al arte sino porque la naturaleza es un principio intrínseco, y el arte es un principio extrínseco. Así, pues, si el arte de construir barcos fuese intrínseco a la madera, los barcos serían fabricados por la naturaleza tal como son hechos por el arte. Y esto es manifiesto en grado máximo en el arte que está en aquello que es movido, aunque sea accidentalmente, como el médico que se medica a sí mismo. Este arte, efectivamente, es el que más se asemeja a la naturaleza. Por lo cual resulta evidente que la naturaleza no es otra cosa que la definición de un cierto arte, a saber, el arte divino, interno a las cosas, por el cual ellas mismas se mueven hacia un fin determinado, tal como si el constructor de la embarcación pudiese hacer que los maderos se moviesen por sí mismos para producir la forma del barco.”⁵

Al mismo tiempo destaca que la obra más perfecta de ese arte divino es el intelecto, que guarda máxima semejanza con su Autor y viene a ser, así, un pequeño demiurgo que participa de aquella sabiduría que hizo el cielo y la tierra: “El principio de aquello que se produce conforme al arte es el intelecto humano, el cual, según una cierta similitud, se deriva del intelecto divino que es principio de las cosas naturales. Por lo cual es necesario que también las operaciones del arte sean una imitación de las operaciones de la naturaleza.” Aclara, además, que “la naturaleza [...] suministra el ejemplar de la actividad ordenada a lo artificial. El arte, a su vez, puede considerar lo que es natural, y valerse de ello para llevar a cabo su propia obra, pero *no puede perfeccionarlo*.”⁶

La crisis que desencadenó el ocaso de la Edad Media puede rastrearse ya en los orígenes de la Escolástica, cuando en el debate por el problema de los universales se abre camino la doctrina nominalista. De acuerdo con los defensores de esta corriente, el conocimiento humano produce representaciones generales de las cosas, pero no hay esencias universales fuera de nuestro entendimiento, y por lo tanto no hay Ideas ejemplares dentro de la mente de Dios. El mundo está poblado de individuos cuya única razón de ser es la Voluntad Omnipotente del Creador. No hay supuestas huellas del Intelecto Divino en las cosas, y su naturaleza es un puro *factum*, una concatenación de hechos regulados por leyes que las mismas cosas no exigen, y que su mismo Autor puede derogar cuando le plazca. Lentamente se prepara el terreno para una ciencia confinada en el dato empírico y la generalización meramente inductiva.

partir de ellas, cuánto más poderoso es el que las formó. Porque, a partir de la grandeza y hermosura de las cosas, se llega, por analogía, a contemplar a su Autor.” 13, 1-5.

⁵ *In II Phys.* 1.14 n.8

⁶ SANTO TOMÁS DE AQUINO *Comentario a la Política de Aristóteles* Proemio.

A medida que se afianza esta postura hay un empobrecimiento de la metafísica que acarrea, como consecuencia principal, la distorsión de la idea de Dios. Para la filosofía, agobiada por el escepticismo, la figura de Dios se fuga definitivamente hacia el misterio impenetrable de la fe, una fe que ya no puede acampar en el territorio de una razón desolada. Para la ciencia, Dios se convertirá en la clave de bóveda de un sistema puramente mecánico. Rebajado por la univocación del pensamiento, se convierte en un vulgar ingeniero al que la precariedad de su obra lo obligará incluso, como creía Newton, a continuas tareas de mantenimiento.

Toda vez que el conocimiento ya no es contemplación de esencias sino producción de ideas, gana terreno el antropocentrismo que pone a los objetos gravitando en torno a una subjetividad que, a imagen y semejanza de ese Dios autoritario, es libertad pura. El hombre resigna su vocación teórica porque ya no hay nada para contemplar. Vacío de aquella impronta artesanal de la que antes hablamos, el mundo natural se vuelve materia indiferente y disponible para la iniciativa humana. Cuando los arquitectos trabajan sobre un edificio ya construido, se habla de *reformas*, es decir de modificar y mejorar lo que otro intelecto ha puesto allí. Pero en un corralón de materiales no hay nada que reformar, simplemente hay que *formar* en el sentido de poner una forma hasta entonces inexistente. Así se presenta la naturaleza a partir de esta época. Ya sin posibilidad de escrutar los insondables designios de Dios, la voluntad del hombre se atribuye el mandato de transformar esa materia sin sentido intrínseco en la realización de su propio imperio.

Un personaje emblemático de este período, René Descartes, dirá que las únicas ideas verdaderamente presentes en las cosas son las que Dios mismo puso en nosotros, y que podemos reconocer por su carácter claro y distinto. Ahora bien, de toda representación posible acerca de la naturaleza, las únicas que cumplen los requisitos de claridad y distinción son la idea de cantidad y sus derivados. En consecuencia, el mundo no es más que una inmensa máquina impulsada por un preciso golpe de la mano divina. La vida en todas sus expresiones se reduce a una compleja combinación de engranajes. En tales condiciones la naturaleza pierde su magnificencia y su estética, y se convierte en un reloj para que el hombre disponga a su antojo de cada una de las piezas.⁷ La finalidad de la que hablaban los griegos ya no pertenece a las cosas: está guardada en los arcanos del plan de Dios, o es la proyección de la mirada industriosa del hombre. Definitivamente la naturaleza se ha vuelto un fantasma, y

⁷ “Estoy muy ocupado con la investigación de las causas físicas. Mi objetivo en esto es mostrar que la máquina celestial debe ser comparada no con un organismo divino sino más bien con un mecanismo de relojería [...] Más aún pretendo mostrar cómo esta concepción física ha de presentarse mediante el cálculo y la geometría.” J.Kepler cit. en J.Brooke *Science and Religion – Some Historical Perspectives* Cambridge University Press 1999 p. 120

junto con ella pierde sentido el concepto que se le opone, es decir, la violencia. Por eso desde entonces proliferan los jardines y árboles de diseño geométrico, las hibridaciones y cruces raciales, los experimentos más inverosímiles de transculturación colonial y la simpática moda de los “autómatas”. Carlos V se llevó algunos para entretenerse en su ostracismo luego de abdicar, y Luis XVI fabricaba juguetes mecánicos para sus hijos. El siguiente párrafo puede considerarse como la proclama fundacional del pragmatismo moderno y del *homo faber*:

“Mas, en cuanto he adquirido algunas nociones generales de física, y al comenzar a probarlas en diversos problemas particulares, he visto a dónde pueden conducir y cuánto difieren de los principios que se usaban hasta el presente y creí que no podía tenerlos ocultos sin pecar gravemente contra la ley que nos obliga a procurar, en la medida de nuestras fuerzas, el bien general de todos los hombres. Pues me han hecho ver que es posible llegar a conocimientos que sean muy útiles en la vida, y que en lugar de esa filosofía especulativa que se enseña en las escuelas, se puede encontrar una filosofía práctica por medio de la cual, conociendo la fuerza y las acciones del fuego, del agua, del aire, de los astros, de los cielos y de todos los demás cuerpos que nos rodean tan distintamente como conocemos los diversos oficios de nuestros artesanos, podríamos emplearlos, del mismo modo, en todas las ocupaciones que les son propias, haciéndonos así señores y dueños de la naturaleza.”⁸

Aquí, pues, en el clima de las nuevas ideas que irrumpen en el siglo XVII, podemos reconocer la entronización de la técnica como un fin en sí misma, ya que ni siquiera se reduce a producir cosas útiles. También vale como expresión de la iniciativa creadora del hombre, como un puro desafío para el intelecto. Los admirables inventos de Leonardo no empalidecen por el hecho de que entonces no tuviesen ninguna utilidad, ni fuesen capaces de ser fabricados. En última instancia, la técnica pretende encaramarse sobre las miserias de una naturaleza lastimada por el pecado original, y así se propone como un camino para la autorredención del hombre.⁹

Paradójicamente aquí se unen el pensamiento científico con la magia, que era una práctica habitual durante el Renacimiento. Según autores como Paracelso o Ficino, la influencia astral puede ser aprovechada o contrarrestada mediante disposiciones adecuadas

⁸ *Discurso del método* VI parte.

⁹ “El ansia cristiana de redención se convierte en el hombre técnico de los tiempos modernos en un afán apasionado de autorredención. Por ello, en cualquier actividad técnica de invención o de construcción, no se trata en el fondo de un afán profano de poder, sino más bien de un afán religioso, aun cuando esto no esté claramente expresado en la conciencia del hombre técnico actual. El entusiasmo que el mundo moderno dedica a la técnica, sin el cual ésta no hubiese sido jamás lo que es hoy, sólo puede comprenderse viendo actuar en el fondo ese afán apasionado de autorredención derivado de la fe cristiana. Puede arriesgarse la afirmación de que la técnica moderna sólo pudo empezar a desarrollarse tan febrilmente desde el instante en que los principios de la fe cristiana fueron profundamente conmovidos y todo el ímpetu de la energía religiosa, en forma secularizada y como afán activo de autorredención, buscó descargarse en invenciones técnicas, en construcciones geniales y en la tarea de operar una profunda transformación de nuestro mundo. De esta última raíz religiosa (y no de un afán profano de poder) se deriva el explosivo desarrollo de la técnica en Occidente a partir de la Edad Moderna.” F. DESSAUER *Discusión sobre la técnica* p. 239.

del cuerpo que se consiguen con determinadas hierbas o piedras que liberan una fuerza especial. Como esos poderes se consideran de origen divino, no es sacrílega la práctica de la magia. También se justificaba la alquimia y la química como procedimientos para purificar las substancias y contribuir a la redención del mundo caído en el pecado. Se conserva una reproducción de la época donde un sabio aparece junto a dos dependencias: el *oratorium* y el *laboratorium*.

Todo esto afecta a la ciencia misma de la naturaleza. Ante todo, porque se invierte el proceso natural según el cual la técnica viene a ser la aplicación práctica del saber teórico. Por el contrario, la inventiva de los ingenieros es ahora la que inspira la búsqueda del soporte intelectual de sus hallazgos. Así lo hace notar Ortega y Gasset en su *Meditación sobre la técnica*: “la maravilla máxima de la mente humana, la ciencia física, nace en la técnica. Galileo joven no está en la Universidad, sino en los arsenales de Venecia, entre grúas y cabrestantes. Allí se forma su mente.”¹⁰ Hasta la misma ciencia teórica se vuelve esencialmente una técnica, entendida como construcción de modelos teóricos, y a partir del desarrollo de la investigación en laboratorios que, como verdaderas cámaras de tormento, obligan a la naturaleza a declarar las fuerzas que esconde y a entregarlas a la iniciativa humana. Con particular elocuencia lo decía Kant:

“la razón sólo descubre lo que ella ha producido según sus propios planes, y debe marchar por delante con los principios de sus juicios determinados según leyes constantes, y obligar a la naturaleza a que responda a lo que le propone, en vez de ser esta última quien la dirija y maneje. [...] Haciendo esto podrá saber algo de ella, y ciertamente que no a la manera de un escolar que deja al maestro decir cuanto le place, antes bien, como verdadero juez que obliga a los testigos a responder las preguntas que les dirige.”¹¹

Tal es el lema del *Novum Organum* de Bacon, es decir, el nuevo método científico: ciencia es poder.¹² Hay una racionalización despótica que pretende poner a la naturaleza de rodillas.¹³

¹⁰ p. 113.

¹¹ *Crítica de la Razón Pura* Prólogo a la Segunda edición.

¹² “Es preferible fraccionar la naturaleza que abstraerla; esto es lo que hace la escuela de Demócrito, que ha penetrado mejor que cualquier otra en la naturaleza. Lo que hay que considerar es la materia, sus estados y sus cambios de estado, sus operaciones fundamentales, y las leyes de la operación o del movimiento; en cuanto a las formas, son invenciones del espíritu humano, a menos que se quiera dar el nombre de formas a esas leyes de las operaciones corporales.” *F. BACON Novum Organum* I, 51

¹³ “Aquí hay que distinguir absolutamente entre razón y racionalización. La racionalización es una lógica cerrada y demencial que cree poder aplicarse a lo real, y cuando lo real se niega a aplicarse a esta lógica, se le niega o bien se le introducen forceps para que obedezca, sistema éste de campo de concentración. La racionalización es demencial, y sin embargo tiene los mismos ingredientes que la razón. La única diferencia es que la razón debe estar abierta y aceptada, reconoce en el universo la presencia de lo no razonable, es decir, la parte de lo desconocido o la parte del misterio.” E. MORÍN *Ciencia con conciencia* p.83 cit. en M.López Gil – L.Delgado *La tecnociencia y nuestro tiempo* Buenos Aires, Biblos, s/f. p. 132.

Según lo describe Ortega y Gasset, la técnica en el Medioevo era una artesanía, es decir que la herramienta de trabajo del hombre no era más que una prolongación de su propio cuerpo, y el hombre mismo era el autor principal de la obra. A partir del período moderno el espíritu emprendedor y prometeico del hombre conduce a un nuevo rostro de la técnica, que son las máquinas. Gracias a ellas la producción se automatiza. Ya no es el hombre el que fabrica sino que sólo ayuda a la tarea del agente principal, que es la máquina. Por otra parte, el límite que antes planteaba la naturaleza humana en su carácter de brazo ejecutor de la artesanía se va dilatando, y se llega por fin a una perspectiva donde los artefactos, cada vez más poderosos, precisos y veloces, desafían cualquier frontera.¹⁴

A partir del siglo XIX la visión mecánica cede de a poco a la visión histórica de la naturaleza. A partir del idealismo absoluto de Hegel la lógica y la racionalidad pura se introducen en la historia, a través de un proceso dialéctico. Este enfoque se ve reflejado en diferentes autores y perfiles característicos del período. Marx habla de un materialismo dialéctico, Comte proclama la llegada de la etapa positiva de la historia con su promesa de un progreso indefinido, y Darwin establece el régimen de la selección natural para justificar la evolución de las especies. En todos los casos el desenvolvimiento histórico es inevitable y está presente como una fuerza ínsita en la naturaleza. Pero igualmente en todos los casos la técnica juega un papel importante como catalizador del proceso. Así el marxismo pone en el trabajo, y eventualmente en la revolución del proletariado, adueñándose de los medios de producción, la oportunidad para el gran desafío del quehacer humano, que es hacerse a sí mismo.¹⁵ La ideología positivista se apoya en el dogma “ver para prever”, anticipando con el conocimiento el acontecer natural para encauzarlo perfectamente según el interés social.

Pero sin duda el debate más interesante se presenta en el contexto darwiniano. En efecto, el curso aparentemente inexorable de la evolución podría detenerse desde el momento en que el hombre toma conciencia de él y pretenda darle una nueva dirección. Una pregunta inquietante, en tal sentido, surge a partir de la capacidad de la técnica para perturbar el principio de selección natural: ¿qué ocurrirá si la medicina avanza hasta el punto de desactivar el mecanismo de supresión de los más débiles? ¿Qué consecuencias acarrearía el empleo masivo de los procedimientos eugenésicos? Con meritoria lucidez ha visto el trasfondo de esta cuestión M.Horkheimer en su *Crítica de la razón instrumental*. Según una primera

¹⁴ *Op.cit.* pp. 100-102 y 105-107.

¹⁵ “En el marxismo reaparece la idea platónica de la naturaleza como imitación del arte, en el sentido ya no de una técnica inspirada en la razón, sino del trabajo como auto-configuración del hombre. En realidad, se trata de una reelaboración más profunda del ideal renacentista de la primacía de la praxis, sólo que en esta vez se explicita el ingrediente ateo que permanecía oculto en la inercia de la tradición cristiana.” E.Komar *Curso de Metafísica* v.3 p.11.

impresión, dice, el evolucionismo parece reivindicar la naturaleza ante el embate de la razón tecnificada. En un tono casi romántico la naturaleza recupera su primacía y la razón apenas queda como emergente del impulso mismo que lleva a la naturaleza a dar cada vez formas más avanzadas de sus íntimas posibilidades. En otro verdadero giro copernicano, se pretende dar vuelta la concepción tradicional de modo que la naturaleza no procede del espíritu, sino justamente al revés. Pero semejante degradación de la inteligencia como mero producto evolutivo se convierte, paradójicamente, en la mejor justificación del carácter depredador de la técnica. Permítanme citar extensamente al filósofo de Frankfurt:

“al hacer cumplir a la razón la tarea de dominar a la naturaleza, se la degrada al carácter de parte de la naturaleza; no es entonces una capacidad independiente, sino algo orgánico como antenas o garras, desarrollado en virtud de la adaptación a condiciones de la naturaleza, y que sobrevive porque demuestra ser un medio adecuado para sobreponerse a estas últimas, particularmente en cuanto a la obtención de alimento y a la superación de peligros. Como parte de la naturaleza, la razón se muestra al mismo tiempo antagónica de la naturaleza: una competidora y enemiga de toda forma de vida que no sea la suya propia. [...] Considerar a la razón como un órgano natural no significa despojarla de la tendencia al dominio ni le presta tampoco mayores posibilidades de reconciliarse con la naturaleza. Al contrario, la abdicación del espíritu en el darwinismo popular implica el rechazo de todos los elementos del pensar que trascienden la función de adaptación y que, por lo tanto, no son instrumentos de autoconservación. La razón renuncia a su propio primado y afirma ser mera servidora de la selección natural. Mirada superficialmente, esta nueva razón empírica parecería ser frente a la naturaleza más modesta que la razón de la tradición metafísica. Pero en realidad es la arrogante inteligencia práctica que pasa desconsideradamente por encima de lo “espiritual inútil” y abandona toda concepción de la naturaleza en la cual a esta se le atribuye un valor mayor que el de estímulo para la actividad humana. Los efectos de esta concepción no se limitan sólo a la filosofía moderna. [...] En una palabra, para bien y para mal, somos los herederos de la Ilustración y del progreso técnico. Oponerse a ellos mediante una regresión a etapas primitivas no constituye un paliativo para la crisis permanente que han provocado. Tales salidas conducen, por el contrario, de formas históricamente racionales a formas extremadamente bárbaras del dominio social. El único modo de socorrer a la naturaleza consiste en liberar de sus cadenas a su aparente adversario, el pensar independiente.”¹⁶

Aquí está la cuestión: una vez más se vuelve al activismo desenfrenado como consecuencia de haber privado a la inteligencia de su virtud contemplativa.¹⁷ Para los filósofos que se oponen a la hegemonía hegeliana, como Kierkegaard y Nietzsche, la técnica es justamente un derivado nefasto del racionalismo agobiante de la Ilustración que se impone al mundo desde la soberbia y el afán de dominación. Las vertientes afines al vitalismo y el existencialismo (Freud, Heidegger, Jaspers) hablan de una ruptura en la relación del hombre

¹⁶ *Crítica de la razón instrumental* Buenos Aires, Sur, 1969, pp. 133-137

¹⁷ “La obra de arte es producto del artista, y este a lo sumo puede inspirarse en otros artistas, jamás en la naturaleza y menos en la divinidad. [...] La primacía de la acción se debe a un solo hecho: la absoluta ceguera para con la creación divina. [...] El activismo empieza cuando se considera que la realidad de las cosas está fuera de nuestro alcance y comprensión y entonces lo único que queda es actuar” E.Komar *op.cit.* pp. 34-35 y 64-65.

con el mundo donde la técnica es interpretada como sublimación de fuerzas inconscientes, alienación de la conciencia o una especie de fuga del hombre ante la angustia de su extravío en el mundo:

El espíritu, así falsificado en inteligencia, se degrada hasta desempeñar el papel de instrumento puesto al servicio de otra cosa, cuyo manejo es susceptible de enseñarse y aprenderse. Ahora bien, si este servicio de la inteligencia sólo se vincula con la regulación y el dominio de las relaciones materiales de producción (como en el marxismo), o, en general, con la ordenación y aclaración intelectual de lo que en todos los casos está presente y ya dado (como en el positivismo), o si se cumple en la conducción organizada de las masas y razas de un pueblo, en cualquier caso de estos, el espíritu -entendido como inteligencia- es la impotente superestructura de otra cosa que, por ser a - espiritual o, incluso, contra - espiritual, se da como lo real propiamente dicho.¹⁸

Lyotard llama la atención sobre la conexión entre el fenómeno de la posindustrialización y la posmodernidad. La técnica pierde definitivamente su carácter mesiánico y sólo abastece al hombre de un bienestar y una satisfacción efímeros. Como consecuencia de la llamada “disolución de los relatos”, los lazos sociales ya no se ordenan según la identidad del pueblo, el Estado o el destino histórico, sino por nudos o interacciones eventuales y fugaces, en constante transformación. Y los nuevos cánones sociales, a su vez, influyen sobre la pragmática de las relaciones y del saber mismo, subordinando todo a favor de la eficiencia productiva y, en definitiva, del rédito económico. El desarrollo frenético de la tecnología modifica profundamente las pautas de lo aceptable. Las comunicaciones se codifican en formato digital, y lo que no pueda transferirse de ese modo se descarta. La ciencia misma se vuelve dependiente de la asignación de recursos para sus investigaciones, y queda así atrapada en la legitimación por el poder.¹⁹ La consigna que domina es la del saber como mercancía: ya no interesa lo verdadero ni lo justo, sino la utilidad, la eficacia o el valor de cambio.²⁰ Podría hablarse de la técnica como un *by pass* ante la incapacidad de asumir el orden natural: eugenesia, eutanasia, colonización del espacio, reconstrucción digital de la imagen (fotoshop), rejuvenecimiento quirúrgico, etc. La técnica adopta para sí la definición de la política como arte de lo posible. Sólo cuenta la veleidad antojadiza de un individuo cuyo horizonte apenas llega hasta la próxima noche.

La naturaleza es, entonces, un mero recurso para mitigar la sed inextinguible de bienestar, vacía de toda consistencia o ejemplaridad. Ácidamente afirma Horkheimer:

¹⁸ M. HEIDEGGER *Introducción a la Metafísica* pp. 84-85.

¹⁹ *La condición posmoderna* pp. 84-86

²⁰ *Ibid.* pp. 94-95

“La historia del chico que, mirando al cielo, preguntó: ‘Papá, ¿para qué artículo hace propaganda la Luna?’, es una alegoría acerca de lo que se ha hecho de la relación entre el hombre y la naturaleza en la edad de la razón formalizada. Por un lado, la naturaleza se vio desprovista de todo sentido o valor interno. Por el otro, al hombre le quitaron todas las metas salvo la de la autoconservación. El hombre intenta convertir todo lo que está a su alcance en un medio para ese fin. Toda palabra o sentencia que tenga otras implicaciones que las pragmáticas resulta sospechosa. Cuando a un hombre se le sugiere que admire una cosa, que respete un sentimiento o una actitud, que ame a una persona por ella misma, esto se le hace sospechoso de sentimentalismo y teme que puedan burlarse de él o tratar de venderle algo. Aunque a los hombres no se les ocurra preguntar para qué ha de hacer publicidad la Luna, se inclinan sin embargo a pensar en ella en términos de balística, o de distancias siderales que pueden ser recorridas.²¹

Concluyo. Uno de los más grandes genios militares, Julio César, resumió en tres palabras la técnica de la guerra: *veni, vidi, vici*, vine, vi, vencí. Hay que ver para vencer. Las cosas que tengo a mi alcance para transformar *ya* tienen una esencia, un orden *dado*. Y su ser es consistente y opone resistencia a los cambios. Es sólo una actitud reverente, de genuina contemplación, la que nos permitirá descubrir lo que podemos y no podemos hacer con la naturaleza. Y esto último no es un límite a la manera de la frustración o la negatividad, sino como definición y acabamiento. En efecto, lo acabado puede ser lo extinto, pero también lo perfecto. La naturaleza no es un puro resultado de impulsos ciegos, sino *lo que alguien ha hecho*, y está *bien hecha*. Se trata, en todo caso, de mejorarla. La técnica no es saqueo arrasador como el de los bárbaros, sino conquista y civilización, cultivo y fructificación de las potencialidades de la naturaleza. Como diría Platón, la inteligencia debe persuadir a los elementos para que se sometan a sus formas. Recuerdo a un dentista que, ante mis quejas, decía: “yo anestésico poco para que el dolor del paciente me diga hasta dónde puede llegar el torno”. El problema es que la queja de la naturaleza es un grito silencioso...

Pero además no sólo hay que ver la naturaleza, sino también al hombre. Cuando Maritain decía que la educación ha sustituido los hábitos por los métodos, es como si dijese que la labor educativa ha perdido su impronta moral y se ha convertido en una técnica (y las clases ya no son ventanales abiertos al mundo, sino “talleres”). Y las protestas contra la razón no se resuelven abjurando de ella, sino asumiéndola justamente como lo más natural del hombre. Por eso debe haber una ecología de la razón, que como las plantas vive de la luz y del *sentido* de las cosas. Qué mejor para ella, entonces, que proceder como su Divino Hacedor, levantándose cada mañana dispuesta a sembrar el *lógos* de su arte en todas las cosas, y al final de la jornada preguntarse si todo cuanto ha hecho es verdaderamente bueno.

Oscar Beltrán

²¹ *Crítica de la razón instrumental* p. 111.